

El caso de la pluma de plata

Pasqual
Alapont

Dibujos de
Cristina
Sardà



Capítulo 1

Todos los años lo mismo: se acaba septiembre y empieza el otoño, los días son cada vez más cortos y el sol se esconde más temprano. En un par de semanas las hojas de los plataneros se pondrán amarillas y, cuando estén secas, un poco de viento y, zas, empezarán a caer.

Quizá os gustaría que fuese de otra manera, que el verano durase todo el año, ya sabéis: vacaciones, piscina, levantaros tarde, tres horas de videojuegos, todo el día en bañador, helados de tres bolas y una cerecita encima. En fin: la buena vida. Pero las cosas suceden así por aquí,

en el hemisferio norte. Nadie tiene la culpa. Eso se debe a la inclinación de la Tierra, y porque a veces nuestro planeta pasa más cerca del Sol y otras está más lejos. Es el maldito movimiento de traslación. ¿Aún no habéis oído hablar de ello? Rotación, traslación...; al parecer nuestro planeta no para ni un momento.

Pero vayamos paso a paso, es mejor que empiece mi historia por el principio. Sí, quizá os resulte extraño, pero el caso de la pluma de plata tuvo un principio, y éste fue el grito de la señorita Martina, mi profesora, cuando abrió el cajón de su mesa y se le vino un sapo encima. ¡Menudo grito! Todavía me duelen los oídos. Se oyó en todo el colegio, y hubo quien pensó que un elefante andaba suelto por las aulas.

La señorita Martina gritaba y trataba de desembarazarse de aquel pobre anfibio, y entonces...

Oh, lo siento, todavía no me he presentado. Me llamo Onofre y pertenezco a un grupo muy especial, algo así como unos investigadores que resuelven misterios. Por el momento sólo hemos resuelto uno, pero todo es empezar, como dice mi madre.

Mis compañeros se llaman Berenguer y Abigaíl.

Berenguer es un chico extraordinario. Vamos, que me preguntan qué quiero ser de mayor y yo digo que el hombre invisible o Berenguer. Es un buen deportista, más listo que el hambre, y tiene el pelo rubio. Berenguer, quiero decir; el hombre invisible no tengo ni idea de cómo tiene el pelo.

A Berenguer lo conozco desde la guardería, cuando teníamos tres años, pero apenas hemos jugado juntos desde entonces. De hecho yo apenas juego en el patio. Llevo gafas y mis padres están hartos de pagarme recambios, así que durante el recreo me dedico a observar de lejos a los compañeros y procuro no meterme en líos. Algunos piensan que soy un tío raro, y puede que no les falte razón.

Abigaíl ha llegado este año al colegio. Tiene la piel blanca, el pelo oscuro y un aire así como de chica misteriosa que quiere hacerse la interesante. Pero no es de las que se lo tienen creído, en serio, aunque es inteligente que no veas.

Quieto *para*o. No os penséis que estoy enamorado. Si alguien dice algo semejante lo negaré y le pegaré un chicle en el pelo. ¿Creéis que

soy de los que están pensando en casarse apenas cumplen doce años? ¡Por favor! La vida es muy larga, como mínimo me esperaba a tener quince.

Bueno, hechas las presentaciones, es hora de volver con la señorita Martina y que explique cómo se originó el caso de la pluma de plata y cómo entré a formar parte de la vida de Berenguer y Abigaíl.

Aquel día la maestra dijo que iba a darnos el resultado del examen que habíamos hecho el día anterior y algunos nos echamos a temblar. La cosa había ido sobre el sistema solar, los movimientos del planeta Tierra, las estaciones del año y otras cosas por el estilo, y la tropa tenía el tema, como quien dice, cogido con alfileres.

La tensión se palpaba en el ambiente cuando la señorita Martina abrió el cajón. Y entonces exclamó:

—¡¡¡Aaah!!!

El grito me puso los pelos de punta. La maestra dio un paso atrás y su silla golpeó contra la pared. Un instante después, un sapo grande como un melón de piel de ídem dio un salto de unos dos metros y aterrizó sobre el pupitre de Sonia.



«Sonia Guimerá, si no te la ha hecho te la hará», así es como la llaman en clase. Sonia es una chica de casa bien, un poco chivata. Su padre es médico o ascensorista, no lo sé muy bien; en cualquier caso es un tío importante que trabaja en el edificio más alto de la ciudad.

De manera que Sonia lanzó otro grito, no menos espeluznante que el de la maestra. Por entonces el pobre sapo debía de estar muerto de miedo. En un segundo la clase se convirtió en un gallinero imposible de dominar: unos reían, otros gritaban y algunos salvajes empujaban al pobre animal con las reglas y las puntas de los zapatos. En momentos así uno no se siente orgulloso de su clase. ¿Qué más puedo decir?

El sapo consiguió por fin escapar por una ventana abierta y la señorita Martina recuperó el control del aula.

—¡Silencio! A vuestros sitios —gritó—. Eustaquio, fuera de la clase. ¿Que por qué? Por hacer el idiota, ¿por qué tiene que ser, si no? Héctor, tienes un cero. Dos ceros. Bueno, sigue así y llamaré a tus padres para que vengan a hablar conmigo. Eustaquio, te he dicho que fuera. Sonia, para ya de gritar. Héctor, tres ceros.

En un plisplás, la clase era una balsa de aceite. Una mujer dura, la señorita Martina, con la metralleta de los suspensos siempre a punto.

—Vamos a ver —preguntó—. ¿Quién ha sido?

Nadie abrió la boca, y la maestra nos miró a los ojos de uno en uno. Era una mirada intensa que te dejaba clavado en la silla. Pasaron un par de minutos, pero no se oía ni el vuelo de una mosca.

—Esto no quedará así —dijo mientras abría de nuevo el cajón de su mesa.

Entonces, su cara se tornó blanca como la leche pasteurizada. Nos volvió a mirar y el labio inferior empezó a temblarle. Si quería meternos el miedo en el cuerpo lo había conseguido con creces. Poco a poco sacó una hoja con grandes letras pegadas y la blandió ante nosotros.

—¿Quién ha hecho esto?

Más silencio. Alguien incluso silbó; de los nervios, supongo.

—Había dejado los exámenes corregidos en el cajón —continuó la maestra—, y han desaparecido. Es una falta muy grave. No lo volveré a preguntar. ¿Quién me ha dejado este papel?

Félix Garrigues levantó la mano.

—¿Tú, Garrigues? ¡No me lo esperaba! Anda, ven aquí y te enseñaré a mandar anónimos.

—No, quiero decir que quizá haya sido Eustaquio, como está fuera puede que no la haya oído.

Pero Eustaquio asomó la cabeza por la puerta y se lo aclaró.

—¡Quizá haya sido tu madre, idiota!

Entonces la señorita Martina volvió a mirar en el interior del cajón y lanzó otro grito. Aquel cajón se estaba convirtiendo en un nido de sorpresas.

—¡Oh, no! Me han robado la pluma, la pluma que mis padres me regalaron cuando terminé la carrera.

Nos quedamos estupefactos. ¿Un robo en la clase de conocimiento del medio? Eso pasaba de la raya. ¿Qué pasaría después, entraría un gánster y se llevaría la tiza y el borrador?

—Puede que haya sido un ladrón profesional, señorita Martina —insinuó Félix.

—¿Sí? ¿Entonces quieres explicarme para qué quería un ladrón profesional tu examen lleno de faltas y de barbaridades?

La verdad es que nadie entendía para qué querría un ladrón el examen de Félix.

Entonces, la maestra nos amenazó.

—Me voy a hablar con el director. Espero que, cuando vuelva, los exámenes y mi pluma estén intactos encima de la mesa. Si no es así, y hasta que aparezcan, tendréis un cero en la prueba sobre el universo.

Hubo algunas protestas, sobre todo de los empollones, que pensábamos que pagábamos justos por pecadores, pero no hubo nada que hacer. La señorita Martina es una mujer de convicciones estrictas, más dura que una piedra.

Cuando se fue la maestra se montaron algunos corros y, casualmente, coincidí con Berenguer y Abigaíl.

—¡Qué pena, un cero! —me lamenté—. No es que mi examen fuese para lanzar cohetes, pero como mínimo seguro que tenía un cinco. Sobre todo lo de la rotación y la traslación me lo sabía de rechupete —sonreí—. Tengo un truco, ¿sabéis?

—¿Ah, sí? —se interesó Abigaíl.

—Bueno, sabía que el movimiento de traslación es como una peonza, el movimiento de la Tierra sobre sí misma, ¿comprendéis? El resto fue fácil.

Berenguer y Abigaíl se miraron fijamente.

—La has cagado, Onofre. Es justo al revés —dijo Berenguer.

—¿Qué?

—La Tierra gira sobre sí misma, sobre su propio eje, como una peonza, ése es el movimiento de rotación —explicó Abigaíl—. La palabra *rotar* quiere decir «girar».

—¿Qué dices? ¿Estás de broma?

—Cuando una cara está mirando al Sol es de día, y en la otra cara es de noche.

—Y a medida que la Tierra va girando sobre sí misma la cara que estaba oscura se ilumina, y en la que estaba iluminada y deja de recibir la luz del Sol...

—Oscurece.

Mis compañeros encontraban la explicación de lo más divertida, pero a mí se me encogió el corazón. Empecé a sudar a mares, un sudor frío, las piernas me temblaban, me tambaleaba y tuve que sentarme.

—¿Queréis decir que...? Oh, no es posible.

—Las cosas son así, Onofre —dijo Berenguer—. No es que la naturaleza te quiera hacer la puñeta a ti. Es así y punto; no le des más vueltas.

—Entonces, ¿qué demonios es el movimiento de traslación? —pregunté angustiado.

—La misma palabra lo dice: trasladar. Es el



movimiento que hace la Tierra alrededor del Sol durante todo un año.

–Me has matado. ¿Y por qué hace estas cosas la Tierra? ¿No podría quedarse quietecita colgada de un hilo?

–Bueno, me temo que eso no lo sabremos hasta que llegemos a la secundaria –se pavoneó Berenguer.

Me da la impresión de que disfruta haciéndose el listo ante Abigaíl.

–Lo cierto –dijo ella– es que la Tierra gira alrededor del Sol en un movimiento elíptico, y eso y la inclinación de su eje da lugar a las diferentes estaciones.

Abrí los ojos como platos.

–¿Un movimiento qué?

–Espera, te lo mostraré.

Abigaíl me hizo un dibujo con el movimiento de la Tierra alrededor del Sol. Debo reconocer que mi nueva compañera tiene traza con el lápiz en la mano.

–¿Ves?, cuando un hemisferio está inclinado hacia el Sol se encuentra en verano, y en el otro hemisferio es invierno.

–Eso tiene lógica.

–Pero mientras la Tierra se desplaza alrededor de la estrella solar, va cambiando su inclinación, y el calor y la luz que recibe. Así se originan las estaciones.

–El día y la noche se deben a la rotación, Onofre –concluyó Berenguer–. Y la primavera, el verano, el otoño y el invierno se deben a la traslación y al eje inclinado de la Tierra. ¿Lo entiendes, verdad?

–Creo que... creo que voy a vomitar.

Entonces, volvió la maestra acompañada del director, los dos con cara de pocos amigos, y en tres zancadas llegaron a la mesa.

–Veo que aún no han aparecido los exámenes de medio –bramó el director.

–Ni mi pluma –añadió la señorita Martina.

–Ni su pluma, sí. Aquí se montará un cirio, ya lo estoy viendo. Esto es una falta grave que no se puede tolerar, así que hasta que no aparezcan los exámenes...

–Y la pluma de mis padres.

–Y la pluma de sus padres, señorita Martina –dijo el director, a quien no parecían gustar las interrupciones de la maestra–. Mientras no aparezcan –repitió–, ya os podéis despedir del patio. No tendréis recreo hasta nueva orden.

El castigo nos cayó como un jarro de agua fría. Una de las cosas mejores de ir al colegio es poder salir al recreo, y quien diga lo contrario miente.

Después sonó el timbre del final de las clases, pero no había la alegría acostumbrada. Nos mirábamos unos a otros con desconfianza. ¿Quién podía haber hecho algo así?

De camino a casa se me acercó Abigaíl. Acostumbrado a ir solo sentí una sorpresa agradable.

—Onofre, vivo cerca de tu casa. ¿Puedo acompañarte? —me preguntó.

—Si no me coges de la mano y esas cosas. No me gustaría que pensasen que somos novios. Tengo once años, ¿sabes?

Abigaíl sonrió.

—¡Yo también tengo once años, idiota! Vamos a la misma clase, ¿no te acuerdas?

—Bueno, me gusta dejar las cosas claras, eso es todo.

Hubo un silencio incómodo, y sentí la necesidad de romper el hielo.

—No termino de entenderlo, ¿sabes?

—¿Qué es lo que no entiendes?



–Eso del movimiento de traslación, que la Tierra se mueva. Parece cosa de locos. ¿Cómo es que yo no siento nada?

Abigaíl volvió a sonreír.

–Es como cuando vas en coche. No tienes la sensación de que se mueve y en cambio puedes ir a más de cien kilómetros por hora, ¿verdad?

–Sí, eso tiene lógica. Nunca lo había pensado.

–Si no entiendes algo, te lo puedo explicar. Incluso podemos hacer los deberes juntos, algún día. ¿Qué te parece?

No me gusta que las chicas me atosiguen. Empiezan queriendo hacer los deberes juntos y unos meses después les estás pagando las chucherías. Conozco a más de uno que ha ido a la bancarrota por eso.

–Sí, ¿por qué no? –disimulé–. Tal vez algún día, más adelante.

Entonces, alguien gritó a nuestras espaldas. Era Berenguer, que venía corriendo con la lengua fuera.

–Eh, ¿puedo ir con vosotros? Creo que vivimos en la misma dirección.

Nunca, desde que lo conozco, Berenguer ha querido volver conmigo a casa. A veces incluso

me ha dado la impresión de que le daba vergüenza que lo viesen a mi lado, quizás a causa de mis gafas, quién sabe, y por eso iba unos pasos por delante o caminaba detrás de mí. La cosa, ahora, sonaba a excusa barata, así que sospeché si en realidad no estaría interesado en Abigaíl. Sentí de pronto como un puñetazo en el estómago, pero me limité a contestar:

—Las aceras son libres.

—¿Y tú qué dices, Abigaíl, puedo acompañaros?

—Si no nos coges de la mano. No nos gustaría que pensasen que somos novios —respondió ella con una sonrisa en la cara.

Buena salida, sí señor. Berenguer puso cara de párvulo, pero supo sobreponerse.

—Mal asunto, eso de los exámenes, ¿no? ¿Quién pensáis que puede haber hecho algo así? —preguntó.

—Alguien que haya hecho mal el examen, claro. Alguien que no deseaba que se lo corrigiesen.

Berenguer y Abigaíl me miraron de arriba abajo.

—Eh, sé lo que estáis pensando, pero yo no he sido. Puede que haya confundido la rotación con

la traslación, pero no soy un ladrón. Además, me sabía todos los planetas que giran alrededor del Sol. Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno –enumeré de memoria–. Y que la Luna es el satélite de la Tierra, que no tiene luz propia, porque los satélites no tienen luz propia, como los planetas, eso también lo sabía, y que si los vemos es porque reciben la luz del Sol, que es una estrella, así que no me vengáis ahora con...

De pronto me quedé sin respiración y sin palabras.

–Relájate, Onofre. Pareces un pimentón a punto de reventar.

–No estamos acusándote –dijo Abigaíl con un hilo de voz.

–Bueno, de acuerdo, pero no me cojas la mano –le recordé–. Me... me pongo nervioso.

–No quería molestarte, perdona.

–¿Os habéis fijado en el anónimo? –interrumpió Berenguer–. Me pareció que ponía «Martina es una gorrina».

–Debió de escribirlo el ladrón. Algunos suelen dejar algún objeto.

–En cualquier caso es una poesía pésima –dije–. No me extraña que no quisiera firmarla.



–El hecho es que por su culpa nos quedaremos sin recreo hasta Dios sabe cuándo. Y es evidente que ha sido alguno de la clase, alguno que tiene miedo de que la señorita Martina le reconozca la letra.

Abigaíl se adelantó un paso y de pronto se dio la vuelta. Los ojos le brillaban.

–He tenido una idea. Creo que nosotros podríamos descubrir al autor del robo.

–Sí, podríamos seguir las pistas, interrogar a todos los compañeros de clase, investigar su pasado. Tal vez alguien se enfrentó a ella durante la educación infantil y quiera vengarse.

Los miré de arriba abajo, primero a Abigaíl y después a Berenguer, por si hablaban en broma.

Habíamos llegado al cruce donde nuestros caminos se separaban, cada uno por una calle diferente, y no sabía qué responder. Me daba la impresión de que aquellos dos veían demasiadas películas no autorizadas, pero tampoco quería que pensasen que no deseaba atrapar al autor de aquella travesura. Así que opté por ganar tiempo.

–Bueno, dejad que me lo piense, aún estamos nerviosos con todo lo que ha pasado. Mañana hablaremos de ello.

Y dije adiós. De reojo observé que Abigaíl y Berenguer se quedaban hablando y sentí otra punzada en el estómago. «Debo de estar incubando un virus», pensé.